SOBRE DON HERNANDO DOMINGUEZ CAMARGO

Escribe: FERNANDO ARBELAEZ

Cuando en 1956 se hizo la segunda edición del "Poema Heroico" de San Ignacio de Loyola cuya primera edición se publicó en Madrid en el año de 1666, me permití afilar un tanto las teclas de mi máquina de escribir, para referirme a lo que entre nosotros se ha llamado con cierta ligereza "historia de la literatura colombiana" o "crítica de la literatura colombiana". Lo hice con cierto ánimo alegre y bien intencionado, puesto que mi principal interés era poner en primer plano de discusión la obra excelente de uno de nuestros más grandes poetas en todos los tiempos. Puse de presente que no era un erudito profesional y traté de explicar en forma somera, los distintos y ricos valores de una obra sobre la cual nuestros dómines habían pasado sin caer en la cuenta de su calidad y de su arte. Para entonces los famosos críticos callaron. Y callaron después en forma tan completa, que muy ingenuamente me atreví a pensar que tal vez los había convencido y no pude menos de abonarles el buen tono y la discreción de su silencio.

Me dije: ahí queda el homenaje al gran don Hernando Domínguez Camargo y ahí queda mi devoción por su gran trabajo, por lo menos rodeada de un comprensivo silencio. Mas tarde vino la magnífica edición del benemérito Instituto Caro y Cuervo —a la cual habré de referirme posteriormente con todo el cuidado que se merece— para completar con todos los honores la exaltación del poeta, que iniciaran, muy lejos de nuestras fronteras, Gerardo Diego y Eduardo Carilla, y ya definitivamente quedé muy seguro de que se abría una etapa de estudio, de crítica, de final valoración de una poesía que tan fuertemente me había atraído y que por fortuna me había tocado presentar en toda su amplitud, si no con la agudeza y el aparato crítico indispensables, por lo menos con la mejor voluntad y el amor posible.

Pero no. Mi pensamiento andaba descaminado. No era cierto que de un momento a otro se hubiera transformado la manera de ver y de apreciar la poesía; el silencio se debía a la habitual desidia de nuestros "letrados" puesto que apenas han ido saliendo de su inercia, de nuevo han apuntado sus alfileres contra la obra del gran poeta colonial y, de paso, contra la actitud de este poeta "abstracto" que se atrevió a poner en tela de juicio la famosa "crítica" literaria de Colombia.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Así pues, don Miguel Aguilera, ciudadano de muy variados y académicos merecimientos con cierta conmovedora ironía se refiere a mis "valiosas anotaciones" y más le valiera no haberlo hecho, puesto que en el pequeño estudio publicado se reveló, en la forma más total y completa, con todas las fallas y con todos los defectos que, precisamente, señalaba yo en el prólogo de marras. Es decir: como ignorante del tema, y lo que es más grave, como ignorante de elementales datos históricos y críticos, y como desconocedor del simple valor de las palabras.

Desde luego que no me voy a poner a discutir sobre si yo soy poeta "abstracto" o crítico "modernista", porque esto daría para un largo párrafo de humor, y mucho menos, voy a sacar a cuento el que nuestro letrado, tan dueño de tantas borlas históricas, haga nacer a don Luis de Góngora en Granada. No. Ni tampoco a la final demencia del insigne Cisne de Córdoba, pues no sería "fair play" como dicen los ingleses. Esto, no deja de ser la consuetudinaria falta de seriedad de la mayoría de nuestros historiadores, y don Miguel no deja de hacer lo que aquí se ha hecho, es decir, de copiar los malos datos y los peores informes de sus antecesores. Lo que si no cabe en la cabeza es que en vez de haber seguido tan fielmente a don Gustavo Otero Muñoz, no hubiera copiado mejor a don Guillermo Hernández de Alba, que para él y para todos nosotros, hizo un exhaustivo, paciente y ejemplar trabajo de investigación histórica sobre el problema. Ni que cuando se refiere a mi afirmación de que de Hernando Domínguez Camargo "canta nuestras cosas", hubiera visto tan solo las esmeraldas, el río Magdalena y el "sustancioso sábalo", como si las estrellas y el "firmamento verde" que nos pinta, y los "luceros de púrpura" y "las Vías Lácteas del abril florido" y todo ese cielo y esa tierra, y esos jardines y esas mesas espléndidas, y ese mar como "cristalino caballo", y ese "aire dentado" y la "breve onda", necesitaran pasaporte para llegar a nuestra sensibilidad y a nuestro destino. Como si todos esos paisajes que nos describe y en los cuales se deleita con sus interminables ojos de artista, no fueran los nuestros, los de todos los días, que el poeta nos transporta a su minucioso mundo de poesía. Como si su angustia interior, de hombre solo, de hombre enfrentado a la muerte, fuera cosa que estuviera más allá de nuestras fronteras. Como si su preocupación moral y su meditación sobre Dios y todo aquello que se esconde en los "hondos ríos de las venas", fueran proposiciones para tratar en el extranjero, en idiomas distintos o con sensibilidad de otro planeta.

Pero desgraciadamente el problema es más hondo y se trata de un mal viejo entre nosotros. Se trata de una inmoderación y de una falta de humildad para tratar la poesía y el arte en general. Se cree que sobre esto se puede improvisar como generalmente hacemos con todo lo demás, y que podemos seguir mostrando, con todo desenfado, nuestra recortada visión de las cosas con la más común utilería crítica y, lo que es peor, con desuetos procedimientos literarios. Se cree que todavía es posible seguir adobando nuestra escasa cocina literaria, con materiales espumados en modestísimos manuales muy pasados de moda, muy "quedados", muy de estudiantes de un mal bachillerato por ninguna otra razón que por su satisfecha ignorancia.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Sobre don Luis de Góngora y Argote existe una larga bibliografía, que posiblemente bien pudiera consultar don Miguel en la biblioteca de su Academia de la Lengua, en la cual podría informarse sobre la verdadera situación y el valor exacto de una poesía excelente y maravillosa. Ha sido mucho el trabajo que se ha producido sobre este gran problema en los órdenes críticos, estilísticos e históricos, para que a estas alturas se nos venga a repetir el cansado concepto de ciertos prestimanos literarios. Y sobre don Hernando Domínguez Camargo, nuestro gran don Hernando, fuera de mi modesto prólogo, existen los trabajos de Gerardo Diego, de Carilla, y la edición que bajo la experta y clara dirección de don Rafael Torres Quintero hizo el Instituto Caro y Cuervo.

Difícilmente se podrá revertir la vera imagen del gran poeta español y muy difícilmente también, se podrá seguir utilizando el tono condescendiente, pedante y orgulloso, de quien está en el secreto de todos los problemas del arte y de la poesía, con el gran poeta colombiano, que si no ha llegado a la gloria plena, está por lo menos bajo el enfoque de verdaderos estudiosos y de muchos que son capaces de ese amor que, por encima de todas las cosas, exige la poesía. Don Hernando Domínguez Camargo es un valor vivo de nuestro arte y de esto se está dando testimonio. No importa que la inepcia y la desidia hayan guardado un silencio de siglos sobre su obra. El combatió contra el tiempo y contra la muerte como todo verdadero poeta debe hacerlo, y su lucha está todo día cada vez más clara, más ardiente, más limpia, en cada una de sus metáforas, en cada una de sus imágenes, en cada uno de sus riquísimos versos, en los que nos habla de un mundo, su mundo, nuestro mundo, que el poeta no quiere dejar ir, y que por eso lo ha ordenado ahí en la palabra, iluminado con su interior claridad, con su peculiar manera de ver y de entender, con su eficaz maestría.

Ahora tomo en mis manos el Poema de Domínguez Camargo y lo abro al acaso. De pronto, ante mis ojos empieza a dibujarse un traje. Comienzo a ver con todo su esplendor descriptivo una vestidura que en cada palabra se va enriqueciendo y que en cada verso se va llenando de inusitados fulgores. Es una preciosa visión que entregó allí el poeta, con toda la viveza y con toda la lozanía que no puede marchitar el paso de los años. La encuentro nítida, como si acabara de nacer, como si hubiera aparecido sólo para mí, en este momento:

Cardada la esmeralda en el vestido,
piélago verde el chamelote undoso
formaba, de riberas mil ceñido,
en este, y en aquel galón precioso,
islas de Ofir los golpes se han fingido;
y los botones que caló ingenioso
filigramista en cada ojal decoro,
torcidos eran caracoles de oro.

Y la taumaturgia del poeta me hace ver ese vestido, pero no solamente me lo muestra, sino que lo dispone de tal manera, que me lleva a buscar sus tintes para imaginarlo, a unos verdes piélagos, y a unas islas,

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

y a unos lejanísimos mares, en donde fulgen con su inmarchitable color esos torcidos caracoles de oro, fijados por el más fino rigor poético. Y lo que lamento es que don Miguel no pueda verlos.

Lo cierto es que el tema da para muchas y largas consideraciones, las cuales me prometo ampliar en un estudio sobre el poeta que complete mi visión inicial, que don Miguel ha tenido a bien calificar de ditirambo. Puede ser que haya alguna razón en ello. Posiblemente no. Esta rápida nota no tiene otro objeto que el de comentar él, también, rápido artículo recientemente aparecido en estas mismas páginas, y el de explicar que gustosamente aceptaría una polémica sobre el tema, a condición, eso sí, de una completa lectura de la obra. Es todo. Y además, quiero también dejar claro que probablemente no necesito que "me saque verdadero" en mis afirmaciones sobre el poeta, así sea un académico tan eminente como el señor Aguilera.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.